EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

NADA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

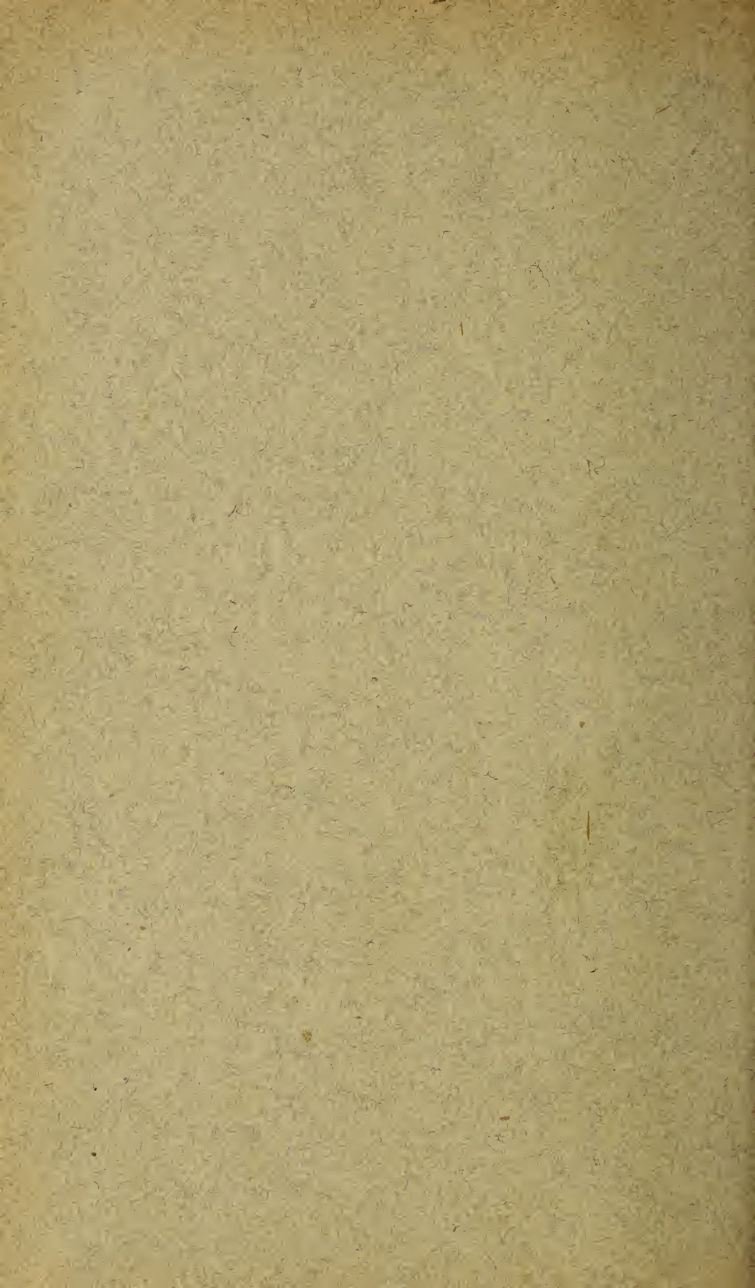
ORIGINAL DE

ADELAIDA MUÑIZ Y MAS

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Moderno (Alhambra)
la noche del 30 de Marzo de 1895.

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(SUCESOR DE HIJOS DE A. GULLÓN)
Pez, 40.—Oficinas: Pozas, 2, 2.º

1895



NADA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ADELAIDA MUÑIZ Y MAS

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Moderno (Alhambra)
la noche del 30 de Marzo de 1895.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE J. DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm. 6.

1895

CUATRO PALABRAS

Cumple un deber ineludible dando las gracias á D. Rosendo Dalmau, por el talento y discreción con que dirigió y puso en escena esta obrita, y á la Srta. Bustos y Sres. Lapuente y Royo, que tanto contribuyeron al éxito por ella alcanzado,

La Autora.

A los distinguidos actores

D.ª Mercedes Orejón y D. José Salgado

dedica esta obra, en testimonio del acierto é inteligencia con que la han desempeñado,

LA AUTORA.

PERSONAJES	ACTORES
MARIANA	Srta. Orejón.
MARTA	» Bustos.
ARTURO	Sr. Salgado.
ROBERTO	» Royo.
BARTOLO	» Lapuente.

La acción en Madrid.—Época actual.

IZQUIERDA Y DERECHA LAS DEL ACTOR



ACTO ÚNICO

Cuarto de una actriz en el teatro. —Puerta en el foro y en la primera izquierda.—En segundo término, izquierda, un tocador vestido y sobre él dos candelabros con bujías encendidas.—A la derecha una *chaise-longe*: — Al levantarse el telón se oye dentro una salva de aplausos.

ESCENA PRIMERA

MARTA, *que aparece con una cesta de flores en el brazo, asomándose al foro; después* BARTOLO *por el foro con coronas, ramos, estuches, etc., etc.*

MARTA. ¡Qué aplausos! No tendrá queja
la beneficiada; está
obteniendo una ovación...

BARTOLO. ¡Marta! *(Entrando.)*

MARTA. ¡Bartolo! ¿Qué tal?

BARTOLO. ¿Yo? *¡Cargadu* como un *burru!*

MARTA. ¡Ay, *probesiyo!* Es *verdá.*

BARTOLO. Ayúdame á dejar *estu*
y te *pudré* saludar.

MARTA. Nó; si estás mucho mejor
con las manos así.

NOTA. Los versos señalados al margen con asteriscos, pueden suprimirse, para abreviar la duración de la obra.

BARTOLO. ¡Quiá!
¡O me ayudas á *sultarlu*,
ú lu echu todu á *rudar!*
MARTA. Vaya: ¿estás así contento? *(Descargándole.)*
BARTOLO. Te falta *lu prencipal.*
MARTA. Sí, ¿qué?
BARTOLO. Que me des la *manu*
y te la pueda besar,
comu hacen en *estus dracmas*
que *nus echan pur* acá.
MARTA. Lo admito, si me aseguras
que es un ósculo de paz.
BARTOLO. ¡Un *ésculo!* Yo *non puedu*
gastarme ahora un dineral
para regalarte un *ésculo*...
MARTA. ¡Hombre, no seas montaraz!
¿Cómo quieres que me case
contigo sin más ni más?
BARTOLO. ¿Eres tú una *principesa?*
MARTA. ¡Soy... persona principal!
BARTOLO. Cuenta tu historia y tus méritos,
y veremos.
MARTA. ¡Allá vá!
Yo he nacido en Sevilla, y esta gloria
no se puede negar,
que es aquella la tierra de las flores,
del amor y la sal.
En los patios cubiertos de naranjos,
bajo aquél cielo azul,
donde llegan torrentes de armonías,
de aromas y de luz;
en aquella ciudad, presa en su vega
de esmeralda y rubí,
que cual cinta de plata caprichosa
orla el Guadalquivir;
en el famoso barrio de Triana,
donde más brilla el sol;
donde Dios vertió gracias á raudales,
¡allí he nacido yo!
Al son de las guitarras fuí creciendo,
y me pasó que ya
cantaba nuestros aires nacionales

aun sin saber hablar.
Después vine á Madrid, y pobre y sola,
dije: ¿qué voy á hacer?
puse un puesto de flores, y allí vivo
en un perpetuo edén.
De día vendo ramos en mi puesto,
de noche vengo acá,
y los pollos me piden que les ponga
nardos en el ojal.
Y hay quién dice, mirando mis claveles,
pintados de carmín,
que robaron su aroma de mi aliento
y su color de aquí.
Díme si una florista de mis prendas
puede nunca querer
á un *Bartolo*, venido de Galicia
y mozo... ¡de cordel!

BARTOLO. Yo he *nacidu* en Galicia; *non lu niegu*,
que es la pura verdad,
y allí también se cría *muchu* verde
para *puder* pastar.
Non me caí suldadu, y *alegróme*,
peru me vine aquí,
y con un *diplo-asmáticu* muy *ricu*
me entré para servir.
Luegu fuí *descendiendu pocu* á *pocu*
pur la escala social,
y *acoluquéme* un día de *doncellu*
de un señor general.
Yo limpiaba su espada, muy gloriosa,
según oí decir,
de *modu* que de *tantu* limpiar gloria
¡*algu* me tocó á mí!
Después llegué muy pronto á *disputao*
purque con uno entré;
¡y entonces sí que hacía yo en las Cortes
un brillante papel!
Cada vez que tenía el *señuritu*
un discurso que *echar*,
me encerraba en su *cuartu* y me *gritaba*:
«siéntate allí, animal».
Me decía que yo era «las tribunas»,

que aplaudiera «bien», «bien»;
y *luegu* me llamaba «*señuría*»,
leyéndume un papel.
Ahora me entré *cun* esta *cumicanta*,
y si *cun* ella estoy,
es *purque* cada día, diariamente,
me trae á la *junción*,
y me *deslustro*, y sé decir *trigedia*,
esito, *aztor*, *aztriz*;
y morirme *comu* ese señor *Vicu*
que nombran por ahí;
y aquí me *tratu* yo *cun* la grandeza,
y aquí te *puedu* ver...
con que así, *non* me insultes; soy *gallegu*,
¡non mozu de curdel!

MARTA. Nada, que no me convences.
(Registrando los estuches y sacando de uno una diadema.)
¡Qué diadema, mira! *(Se la pone.)*

BARTOLO. ¡Ya!...
¡De piedras de sillería!...
¡Y una *curona* de azahar! *(Saca una de laurel.)*

MARTA. Si es de laurel, ¿no estás viendo?

BARTOLO. Es *lu mismu*, ¿qué más da? *(Se la pone.)*
¡Qué *guapu* estoy! Pues espera;
¡ahora me voy á pintar!
(Se sienta ante el tocador y se pinta ridículamente.)

MARTA. Mira, mira, otra corona.

BARTOLO. ¡De flor *sobrenatural!*

MARTA. ¡Qué sortija!

BARTOLO. ¡Es un gran *úsculo*!
¿Qué tal estoy? *(Se levanta pintado.)*

MARTA. ¡Já! ¡Já! Já!

ESCENA II

DICHOS, ROBERTO *y* ARTURO *por el foro, vestidos de frac.*

ROBERTO. Buenas noches. ¡Vaya un cuadro!

ARTURO. ¡Sorprendente!

ROBERTO. ¡Colosal!

MARTA. Señoritos, yo... *(Confusa, quitándose la diadema.)*
ROBERTO. Muchacha,
no te quieras disculpar,
porque la coquetería
es un don tan especial,
que la mujer, por instinto,
al nacer lo tiene ya.
MARTA. Es que si la señorita
supiera... *(Arturo se sienta en la chaise-longe.)*
ROBERTO. Nada sabrá.
Te respondo de este amigo
que sabes ha de callar.
¿No eres tú la confidente
de mi amor?
BARTOLO. (¡*Pesaos* están!)
ROBERTO. Págame bien mi silencio;
dame una flor.
MARTA. Aquí está.
ROBERTO. Es que quiero que tú misma
la vengas á colocar.
BARTOLO. (Hombre, ya me va *cargandu*!)
(Marta le coloca una flor en el ojal.)
ROBERTO. Atravesando el ojal,
las espinas de esta flor,
hieren aquí.
BARTOLO. Voy allá,
y verá *cómu* yo sé
punérsela sin pinchar.
ROBERTO. ¡Quita de ahí, avestruz.! *(A Marta.)*
Pónle otra á mi amigo.
ARTURO. ¡Bah!
¿Para qué la quiero yo?
Se puede usted retirar.
BARTOLO. (¡Si *todus* fueran *comu* éste,
podría vivir en paz!)
(Salen Marta y Bartolo por el foro.)

ESCENA III

ROBERTO *y* ARTURO

ROBERTO. Con esfuerzos sobrehumanos
trato de advertir si sientes;
¿cómo dos tan diferentes
nos llevamos como hermanos?
Yo, que vivo de emoción,
agitado y conmovido;
y tú, que por un olvido,
naciste sin corazón.
A esta duda no explicada
contéstame francamente:
¿eres persona viviente,
ó estatua galvanizada?

ARTURO. Río y hablo á mi manera,
fumo, tengo mis manías,
y cómo todos los días
lo mismo que otro cualquiera.
Y sé que existe el amor,
goce de puro placer,
que otras veces suele ser
una forma del dolor.
Vengo por no fastidiarme,
y por esto eres mi amigo...
¡y, en fin, no riño contigo
por no tener que alterarme!

ROBERTO. ¡Eso, Arturo, no es vivir;
si nunca llegaste á amar,
no sabes lo que es gozar!

ARTURO. ¡Tampoco sé qué es sufrir!

ROBERTO. En mi existencia agitada,
esclavo del sentimiento,
juguete de un pensamiento,
persiguiendo una mirada;
adorador de unos ojos,
de un cabello que se riza,
de una voz que me electriza,
de unos frescos labios rojos,

penas, placeres, amores,
voy sembrando en mi camino,
y matizo mi destino
con los más bellos colores.

ARTURO. Pues te admiro como artista,
te envidio como poeta,
y me encanta esa paleta
que te hace tan... colorista.
Pero el mundo no es teatro
y en él busco realidades,
incontestables verdades,
como dos y dos son cuatro.
Nada que tienda á amoríos,
ni á soñar nuevos laureles;
porque pintan tus pinceles
todo al revés que los míos.
Y así, ni aspiro á la gloria,
ni pierdo nunca mi calma,
ni se fatiga mi alma,
ni se cansa mi memoria.
Tú, un constante enamorado,
ves las cosas de otro modo;
y yo, tu reverso en todo,
vivo siempre fastidiado.
Así, deja tu pesada
canción; yo soy siempre el mismo;
¡todo es cuestión de un guarismo,
y el total de todo, es *nada!*

ROBERTO. Tú no puedes comprender
la razón de mis ideas,
hasta que de cerca veas
á esta admirable mujer.

ARTURO. No lo dudo.

ROBERTO. ¡Vale tanto!
¡Como mujer, adorable!
¡Como actriz, inimitable!
¡Como alma pura, un encanto!
Dos años hace, la vimos
aquí mismo debutar,
no te logró entusiasmar,
pero por verla, volvimos.
Algo en ella te gustó;

por mi parte, poco á poco,
me enamoré como un loco.

ARTURO. Sí; no te digo que no...

ROBERTO. Y á pesar de tu alma fría,
que te envidian más de cuatro,
te abonaste á este teatro,
¡y no has faltado ni un día!
Esto es raro en tí, que no amas;
dí á qué vienes, francamente.

ARTURO. Porque... es aquí únicamente
donde se hacen buenos dramas:
por eso es.

ROBERTO. Fingiendo estás.

ARTURO. Y porque hay buenos estrenos,
y en fin, que me aburro menos
que en casa.

ROBERTO. ¿Y... nada más?
¡Ya viene! Así podrás verla.
El acto habrá concluído.

ARTURO. Pues no me des al olvido.
Yo me voy. *(Se levanta y toma el sombrero.)*

ROBERTO. ¿Sin conocerla?

ARTURO. Mejor estaréis los dos.

ROBERTO. ¡Pero, hombre!...

ARTURO. Hablarla no quiero,
y escapo.

ROBERTO. ¡Espera!

ARTURO. ¡No espero!...

ROBERTO. Que es guapa...

ARTURO. Pues huyo, ¡adiós!

(Roberto le detiene cerca de la puerta del foro.)

ESCENA IV

DICHOS *y* MARIANA

ROBERTO. ¿Quién comprenderte podrá?

ARTURO. A los pies de usted, señora.
(La saluda y sale rápidamente.)

MARIANA. ¡Jesús!

ROBERTO. (¡Es encantadora!)
MARIANA. ¡Roberto! *(Dándole la mano.)*
ROBERTO. (¡Qué hermosa está!)

ESCENA V

MARIANA y ROBERTO

MARIANA. ¡Ay, qué hombre! Saber quisiera
quién es.
ROBERTO. Pues bien se concibe;
un excéntrico que vive...
¡sin darse cuenta siquiera!
Un loco, que con cinismo,
se burla del mundo entero,
de las artes, del dinero,
de las ciencias, de sí mismo;
á quien la hermosura enfada,
que se aburre hora tras hora,
que de nadie se enamora
ni aspira jamás á *nada.*
En fin, le puedo tachar
de hombre raro de primera...
MARIANA. De todo lo que usted quiera...
¡menos de tipo vulgar!
ROBERTO. ¡Oh, no lo es!
MARIANA. Me lo figuro.
¡Pero aún no me ha dicho el nombre!
ROBERTO. Basta conocer al hombre.
MARIANA. Yo quiero saberlo.
ROBERTO. Arturo.
Veo que le ha interesado
su extravagante salida,
y yo, que paso la vida
suspirando...
MARIANA. ¡Eso es pesado!
ROBERTO. ¡Usted siempre tan ingrata!
MARIANA. Me gusta lo original;
y lo prosaico y lo real,
amigo mío, me mata.

Hombres que me llamen bella
comparándome á las flores,
y que me canten amores
llamándome angel y estrella,
no los puedo resistir,
porque eso entra en lo vulgar;
¡cuando dan en suspirar,
á mí... me da por reir!
Así no pierdo mi calma
con tantas galanterías:
¡de oirlas todos los días
ya no me llegan al alma!

ROBERTO. Va usted á querer mi mal;
¡tan ingrata como hermosa!

MARIANA. ¡Por Dios, Roberto, á otra cosa;
eso no es original!
Yo quiero que en mi presencia
nada refleje dolor,
y que se entable el amor
entre potencia y potencia.

ROBERTO. Me hace usted muy desgraciado,
con el alma se lo digo.

MARIANA. De seguro que su amigo...

ROBERTO. Arturo es afortunado.
Usted por él se preocupa...

MARIANA. ¡Virgen Santa! ¿Cómo así?

ROBERTO. ¡Yo he venido á hablar de mí
con quien sólo de él se ocupa! *(Pausa.)*

MARIANA. ¿Ha visto usted la función? *(Se sienta.)*

ROBERTO. Claro.

MARIANA. El teatro está lleno.

ROBERTO. Sí.

MARIANA. Gusta mucho el estreno;
este acto...

ROBERTO. ¡Por compasión!
(Apoyándose en el respaldo del sillón de Mariana.)
Acepte esta carta mía,
y si después de leerla,
si después de conocerla,
usted, toda poesía,
no encuentra algo, aunque vulgar,
como eco de mi pasión,

que haga de su corazón
todas las fibras vibrar,
devuélvamela mañana;
mas no olvide que ha dejado
un hombre desesperado
por su frialdad, Mariana.

MARIANA. ¡Esta es ya la vez setenta! *(Tomándola.)*

ROBERTO. Pero si es que loco estoy:
¿cuántos se lo han dicho hoy?

MARIANA. ¡Qué sé yo! ¡Perdí la cuenta!

ROBERTO. ¡Si este billete querido
no logra unir estos lazos,
si lo encuentro hecho pedazos,
es... que todo lo he perdido!

MARIANA. Suplicando, no hay manera
de que venza usted con él.

ROBERTO. ¡No desprecie ese papel,
que en él puse mi alma entera! *(Sale.)*

MARIANA. A éste á mis pies he de verlo,
y en cambio el otro...

AVISADOR. *(Dentro.)* A empezar.

MARIANA. ¡Me cansa oir suplicar!
(Tirando la carta sobre el tocador.)
¡Bah, tiempo habrá de leerlo!
(Sale por el foro derecha. Breve pausa. Aparece Arturo por el foro izquierda.)

ESCENA VI

ARTURO, *solo.*

Ya estás aquí solo, Arturo;
¿de este apuro
cómo pretendes salir?
¿Es que te has enamorado?
¿Qué te ha dado,
que no quieres descubrir?
*Dios da á la mujer sonrojos,
*y en sus ojos
*un rayo supo esconder,
*y esta es la sola defensa

*que compensa
*lo débil que hizo su ser.
*Sin duda ha sido bastante
*un instante
*para robarme la paz,
*y el amor, niño mimado,
*me ha quitado
*para siempre el antifaz. *(Pausa.)*
*¿Es que soy como cualquiera?
*De manera
*que no causo admiración;
*¿ó es que he perdido la calma,
*y tengo alma,
*y hasta tengo corazón?
Yo que por nada me altero,
que no espero
dejarme nunca vencer,
¿vendré hoy á caer rendido
y vencido
por una débil mujer?
*¡Oh, pero ésta es hechicera!
*Necio fuera
*tratar de engañarme así,
*y el ambiente que respira
*lo que mira,
*hoy vengo á buscar aquí.
*¡Luego hay corazón, es claro,
*lo declaro
*sin poderlo remediar;
*ya que despierta en mi pecho
*¡esto es hecho!
*¡hoy principio á enamorar!
*¿Y si la gente se entera?...
*Se dijera
*que á mí mismo no soy fiel;
*¿pero voy á condenarme,
*á fastidiarme
*por sostener mi papel?
Si al hablarme me convence,
si me vence
me vuelvo de todo atrás;
si de mi error me convenzo,

si yo venzo...
¡será un desengaño más!
¡Fuera importunos temores,
sobre flores
se abre el amor para mí,
va á animarse el hielo á ruego,
bajo el fuego
de unos labios de rubí!

ESCENA VII

DICHO y MARTA, *hablando con alguien.*

MARTA. Bueno, esperaré que vuelva.
ARTURO. (¡La florista!)
MARTA. (¡El otra vez!)
ARTURO. (¡Ah, qué idea! esta muchacha ..
¿Por qué nó?)
MARTA. (Me sentaré.)
ARTURO. Acércate; tú me puedes
hacer un favor.
MARTA. ¿A usted?
ARTURO. ¿Qué te admira?
MARTA. Si me han dicho
que usted no es un hombre...
ARTURO. ¿Qué?
MARTA. Si no un pedazo de estuco;
que vive ni mal ni bien,
como los niños del Limbo,
sin gozar ni padecer.
ARTURO. Tal vez no te han engañado.
¿Tú eres franca?
MARTA. Lo seré...
hasta cierto punto.
ARTURO. Vamos,
toma ese duro y á ver
si puedes serlo del todo.
MARTA. ¡Mire usted, yo probaré!
ARTURO. ¿Sabes si Mariana tiene
algún novio?

MARTA. ¡San Miguel!
No tiene uno, señorito,
lo menos son ocho ó diez.
¿No estoy yo aquí, y no me aplauden,
pero en fin, tengo buen ver,
y sólo por esta cara,
andan *muertos* dos ó tres?
¡Como usted no entiende de esto,
se lo perdono esta vez!

ARTURO. ¿Y nunca has averiguado
el preferido quién es?

MARTA. (Si el señorito Roberto
se entera...) ¿Yo, no lo sé!

ARTURO. Pues toma otro par de duros
y entrégala este papel.

MARTA. ¿Pero usted por quién me toma?
¿Qué se ha figurado usted?
¿Dar yo una carta á la mano?

ARTURO. ¡Dala á la mano ó al pie,
pero entrégala!

MARTA. ¡Qué genio!
¿Ve usté este rojo clavel?
Pues entre éste y el geráneo
meto la carta... ¡eso es!
y está también colocada
que á legua y media se vé.

ARTURO. Dale el ramo, en cuanto venga.

MARTA. Ya acabó este acto.

ARTURO. Está bien.
Ella va á venir; te dejo.
¡Yo te recompensaré! *(Sale.)*

ESCENA VIII

MARTA, *luego* MARIANA

MARTA. ¡Miren la mosquita muerta!
y vaya *ustez* á creer
á los hombres que parecen
de un modo y son al revés.
¡Yo á todos, por embusteros,

los destinaba *pá* arder!

MARIANA. ¿Por mí preguntabas?

MARTA. Sí,
preguntaba por *ustez*.

MARIANA. ¿Qué quieres?

MARTA. Un señorito,
que está loco por su *aquél*,
me ha *comprao pá ustez* el ramo
más fresco. (¡Ya lo solté!)

MARIANA. Gracias. Déjalo ahí.

MARTA. Tengo orden
de darlo en la mano.

MARIANA. Bién:
trae y vete.

MARTA. Hasta otro rato.
(Ni pregunta de quién es,
ni tiene *curiosidaz*.
¡Si no *paece* mujer! *(Sale.)*

ESCENA IX

MARIANA, *sola*.

Un papel veo blanquear;
sin duda nuevos amores
me vienen á revelar;
¡ni aun las inocentes flores
de otra cosa me han de hablar!
Es mucho empeño, Señor;
¿qué delito cometí
para que trueque el amor
en un arma contra mí
los pétalos de una flor?
Carta, ¿te debo tocar?
¿Qué me vas á revelar
que no sepa de antemano;
debe guardarte mi mano,
díme, ó te debe rasgar?
Carta que á mí misteriosa
llega envuelta en los olores
del jazmín y de la rosa,

escondida entre las flores
como blanca mariposa.
Carta, muéstrame tus galas;
con el perfume que exhalas
enciende mis labios rojos,
y despliega ante mis ojos
la blancura de tus alas.
¡De esas alas de paloma
que traen lo malo ó lo bueno,
que un papel, lo mismo toma
del desengaño el veneno,
de la esperanza el aroma!
Mas, no; la otra es la primera,
y no he de dar al olvido
que el turno hace rato espera...
¿pero y si esta es mensajera
de algo por mí no sentido?
¿Quién dá turno á la pasión?
¿Quién domina el sentimiento?
¿Cómo podrá la razón
hacer con un pensamiento
que no lata el corazón?
Luchar es una quimera
contra el fuego que en mí arde;
carta de Roberto, espera,
que aunque fuiste la primera
¡creo que has llegado tarde!
(Leyendo.)
«Mariana: Solo al mirarla,
»antes de llegar á hablarla,
»esta resolución tomo,
»que he comenzado á adorarla
»no sé cómo.
»Que no se burle la ruego;
»porque es para mí este fuego
»cosa fuera de costumbre,
»y me causa, no lo niego,
»pesadumbre.
»La amo, y debo confesarlo;
»si yo pudiera callarlo,
»por mi nombre le aseguro
»que gozára al ocultarlo:

»¡se lo juro!
»Su cariño solicito,
»porque este amor infinito
»para quien no sintió *nada*,
»como si fuera un delito
»me anonada.
*»No la causaré terrores
*»ni diré que en mis dolores
*»voy, si no me ama, á matarme:
*»¿qué he de hacer sin sus amores?
*»¡Conformarme!
*»¿Cómo he de ser yo tan loco
*»que diga que mi fin toco,
*»y sin su amor moriría?
*»¡Como viví hasta hace poco
*»viviría!
*»Ni con frase que me aterra,
*»con mis ideas en guerra
*»la compararé á las diosas,
*»que hay mil cosas en la tierra,
*»¡muy hermosas!
*»Y sin estilo florido,
*»caprichoso y fementido
*»que toca al gusto pagano,
*»verá usted que siempre he sido
*»buen cristiano.
*»Su figura soberana
*»solo halla rival y hermana,
*»comparación y reflejo
*»en la luna veneciana
*»de un espejo.
»Dios que á copiar no se ajusta,
»pudiera hacer copia justa,
»mas para elogiar su hechizo
»digo que es como me gusta
»y Dios la hizo.
*»Respóndame francamente;
*»y si usted, como yo, siente
*» de la pasión que me embarga,
*»llevaremos fácilmente
*»esta carga.
»Mi corazón antes yerto

»sólo para usted abierto
»la ofrezco con fé sincera;
»flor nacida en el desierto
»Arturo Herrera.»
Esta era la luz buscada
de un faro por mí soñado
que como blanca alborada
en mi pecho ha despertado
el fulgor de una mirada.
Pasión, misterioso anhelo,
del alma á raudales subes,
como remontando el vuelo
nace al choque de dos nubes
el rayo que incendia el cielo.
Sí, bendito tú, papel,
que me traes la imágen fiél
de un misterioso ideal
convertida en un ser real
que siente y vive...

ARTURO. *(Apareciendo por el foro.)* (¡Ella!)
MARIANA. (¡Él!)

ESCENA X

MARIANA *en el tocador y* ARTURO *en la puerta del foro.*

MARIANA. ¿Caballero? *(Volviéndose y mirándole.)*
ARTURO. ¡Señorita!
¡Dispense usted! *(Haciendo ademán de retirarse.)*
MARIANA. Qué, ¿no pasa?
ARTURO. Como busco á otra persona,
no quisiera importunarla.
MARIANA. ¡Después de estar á mi puerta,
me ofendiera no pasándola!
ARTURO. En ese caso, no insisto. *(Entrando.)*
MARIANA. Tome usted asiento.
ARTURO. Gracias.
MARIANA. (¡Al fin venceré su orgullo!)
ARTURO. (¡Al fin sabré si me ama!)
MARIANA. ¡Qué brillante está el teatro!
ARTURO. Sí; debe estarlo.

MARIANA. De gala.
¿No lo ha visto usted?

ARTURO. Lo he visto
sin fijarme.

MARIANA. No me extraña;
usted es admirador
de las grandes glorias patrias.

ARTURO. Yo ni de *nada* me admiro
ni soy de nadie entusiasta.

MARIANA. (¡Es verdad ó fingimiento!)

ARTURO. (¡No siente!)

MARIANA. (¡No tiene alma!)
Permita que ponga en duda
la verdad de sus palabras.

ARTURO. Como evitarlo no puedo,
dude usted cuanto le plazca.

MARIANA. ¿Entonces, usted se aburre?

ARTURO. ¡De manera soberana!

MARIANA. ¿Y viene aquí á fastidiarse,
y por tal molestia paga?

ARTURO. Como lo mismo me ocurre
aquí, en la calle y en casa,
saco á pasear mi indolencia
para hacerla más variada.

MARIANA. ¿De modo que usted supone
que ni aborrece ni ama?

ARTURO. Es esa mi pretensión,
y no la hallo extraordinaria.

MARIANA. (¿Es tímido ó es farsante?
¿Si me quiere, por qué no habla?)

ARTURO. (¡O me vence en el momento,
ó no digo una palabra!)

MARIANA. El hombre nace dotado
de pasiones que le abrasan,
de deseos insondables,
de ambiciones no saciadas,
y de aquí la eterna lucha
en que por igual batallan
el espíritu infinito
con sus indomables alas,
y la materia impotente
que en sus caídas le arrastra.

Unos corren tras la gloria,
cual misterioso fantasma,
que cuando intentan tocarlo
de entre sus manos se escapa.
y un sueño de dicha inmensa
es cada laurel que alcanzan.
Otros, por la sed del oro,
de la tierra al centro bajan,
y en el fondo de sus minas,
ó en la bolsa ó en la banca,
viven del vértigo mismo
que les alienta y les mata.
Otros, persiguen la ciencia
con su luz perenne y diáfana;
por el título de sabios
dan su salud y su calma,
y en la fiebre de una idea
viven... ¡hasta que descansan!
Quién, busca títulos vanos,
coronas de oro pintadas,
fundándo su dicha toda
en una cuestión de heráldica.
Quién, en el amor buscando
delicias nunca soñadas,
en un ensueño perpétuo
lleva su mente inflamada.
Esta es, Arturo, la vida
entre victoria y batalla,
que desconoce el que vive
sin pretender nunca *nada*.
*Un mármol, un pergamino,
*¡un corazón! ¡una lápida!
*¡oro! ¡laurel! ¡Algo, en suma,
*que nos fascina y halaga,
*y este es el fuego en que el hombre
*en el fulgor de una llama
*abrasa su mente inquieta
*como mariposa alada.
¡Feliz quien vive sintiendo!
¡Dichoso quien llora y ama,
y realiza una por una
las ilusiones del alma!

ARTURO. Vivir en lucha constante
en la brecha, en la batalla,
es cosa que, á la verdad,
ni me inquieta ni me halaga.
El que conquista laureles
y por la gloria se afana,
deja quizá un nombre eterno
que lleva y que trae la fama,
y cuando él baja á la tumba
le levantan una estatua,
*porque sólo con la muerte
*la inmortalidad se alcanza;
¿qué encuentra por sus desvelos?
¡absolutamente *nada!*
El que siente la sed de oro
juega al alza y á la baja:
como jugador, se arruina;
como hombre de honor, se mata.
Si en vez de esto, la fortuna
llena de metal sus arcas,
la ambición que le atormenta
le grita «más», no se sacia,
y del castillo de naipes
que en su espíritu levanta,
viene la muerte, da un soplo,
¿y qué deja tras sí? *¡Nada!*
*¡La ciencia! Luz misteriosa
*cuando no resulta falsa,
*que entonces es sombra densa,
*triste harapo, negra capa,
*en cuyos pliegues se esconde
*la torpe y ciega ignorancia.
*¡Quien le pide sus verdades,
*suele no encontrarse *nada!*
¡Títulos, coronas! ¡Cuánto
quien de esto fía se engaña!
Desde la virgen humilde,
de blanca flor coronada,
hasta el César, cuya frente
de laureles y oro orlaban,
todos, plebeyos y nobles,
reyes, pueblo, aristocracia,

en confuso montón duermen
en el polvo de la *nada!*
¡Amor, fiebre misteriosa
con la que nadie descansa
fundada en esa ficción
que «la belleza» se llama:
hoy se enciende poderosa,
vívido fulgor irradia
y el invierno de la vida
con soplo helado la apaga,
encorvando las cabezas
con la nieve de las canas.
*¡Amor! ¡Juventud! ¡Belleza!...
*¿Qué sois en la tierra? *¡Nada!*
No, Mariana, al alma mía
ningún poder la avasalla;
nació reina, y nunca puede
conformarse á ser esclava.
¡Títulos, amor, riqueza,
poder, gloria!... ¡Farsas vanas!
¡Jamás con sus artificios
robarme podrán la calma,
que estoy contento con todo,
porque no ambiciono *nada*!

MARIANA. La belleza es don divino,
algo que de Dios emana,
algo que el arte no imita
y de otras regiones baja,
y es impío sacrilegio
negar su obra soberana.

ARTURO. La belleza es flor de un día...

MARIANA. ¡Me ofenden esas palabras!

ARTURO. ¡Nunca, señora, mi boca
con las lisonjas se mancha!

MARIANA. ¡Entonces, de grosería
tendré que calificarlas!
¡Caballero! *(Saludándole.)*

ARTURO. ¡Señorita! *(Idem.)*

MARIANA. (¡Me ahoga el despecho!)

ARTURO. (¡Me mata!)

(Pausa.)

MARIANA. ¿Aún por aquí?

ARTURO. Espero...
MARIANA. ¿Qué?
¡Si jamás espera *nada!*
ARTURO. ¡Es que hay mujeres que fingen;
es que hay mujeres, Mariana,
que pueden herir á un hombre
sólo con una mirada,
y sin embargo, son ciegas
para el amor que propagan!
MARIANA. ¡También hay hombres, Arturo,
que escriben amantes cartas,
y sin embargo, sus labios
¡mienten! ¡insultan! ¡ó callan!
ARTURO. ¿Por qué ha de hablar él primero?
MARIANA. ¡Porque su sexo lo manda!
ARTURO. ¿Y si espera una respuesta?
MARIANA. ¡Ah, es verdad; por si la aguarda
que sepa que este papel
tampoco me inspiró *nada!*
(Rasgando la carta de Roberto.)
ARTURO. Esa carta rota, prueba...
MARIANA. ¡Amor con amor se paga!
ARTURO. ¡Mi esperanza hecha pedazos!
MARIANA. ¡Como mi alma desgarrada!
ARTURO. Entonces, cabe un arreglo.
MARIANA. ¡Ya sólo quiero venganza!
ARTURO. Confiesa usted que me quiere,
que me...
MARIANA. ¡Le aborrezco, basta!
ARTURO. ¡Corazón de fiera!
MARIANA. ¡Cabeza de estatua!
ARTURO. ¡Jamás he he verte!
MARIANA. ¡Jamás te mirara!
ARTURO. ¡Coqueta!
MARIANA. ¡Embustero!
¡Ladino!
ARTURO. ¡Taimada!
MARIANA. ¡Traidor!
ARTURO. ¡Necia!
MARIANA. ¡Altivo!
ARTURO. ¡Torpe!
MARIANA. ¡Indigno!

ARTURO. ¡Ingrata!
MARIANA. ¡Adiós, para siempre! *(Sale por la izquierda.)*
ARTURO. ¡Adiós, no me engañas! *(Sale por el foro.)*

ESCENA XI

ROBERTO *y* BARTOLO

ROBERTO. ¿Qué es lo que ha pasado aquí?
BARTOLO. ¿A dónde habrá *idu* mi ama?
ROBERTO. Mi carta en el tocador,
entre flores... ¡Señor, gracias!
Al fin, de mi sufrimiento
se compadece y me salva,
respondiendo en esta forma
caprichosa y delicada.
BARTOLO. ¿Sí? Pues también *pur* el *suelu*
hay *pedazus* de otra carta,
y si *nun* me *engañu*, aquí
ha *habidu* una gran batalla.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, MARIANA *y* ARTURO

MARIANA. (¡El aquí!)
ARTURO. (Yo así no puedo
marcharme!)
ROBERTO. Arturo, Mariana,
¡al fin voy á ser dichoso!
BARTOLO. ¡Y á *otru* le dan *calabazas!*
ROBERTO. ¡Es verdad! Trae, quiero ver
quién fué mi rival.
(Recoge los pedazos y lee en silencio.)
ARTURO. ¡Ingrata,
ahora que Dios solo puede
escuchar nuestras palabras,
me complazco en arrancar
de mi espíritu la máscara.
MARIANA. ¡Para Dios no hay antifaces!

ROBERTO. ¡Rota en pedazos mi carta!
¡Mariana! ¿cuál es, entonces,
la que entre las flores guarda?

MARIANA. ¡Es... una ilusión perdida,
es... una flor deshojada,
que nace en los corazones
y se llama «la esperanza»,
y que apenas abrió el cáliz
tumba halló entre sus hermanas!
¡Al recuerdo de esas flores
he de vivir consagrada!

ROBERTO. ¿Luego en su pecho escondido
otro amor vivía?...

ARTURO. Calla.
Dos años seguí sus huellas.

MARIANA. Yo en vano disimulaba.

ARTURO. Llegué á creerme invencible.

MARIANA. Juzgué que no amaba *nada*.

ARTURO. Al fin nos unió el destino.

MARIANA. ¡Y el orgullo hoy nos separa!

ARTURO. ¡Adiós, pues!

ROBERTO. *(Deteniéndole.)* ¡Ciego! ¿No miras?

ARTURO. ¡Llora! No tema Mariana,
ese llanto me redime
al colocarme á sus plantas.

ROBERTO. Vuestra dicha en mí refleja
y la mía propia labra.

ARTURO. ¿Me guardas rencor?

ROBERTO. *(Abrazándole.)* Ninguno:
tu triunfo casi me halaga,
que aunque me roba un tesoro,
humilla tu ciencia vana.

BARTOLO. *Veu* que *estu* acaba en boda
pur ventura... ¡ó *pur* desgracia,
que *esu solu* Dios *lu* sabe
y *pur lu mismu lu* calla!

ROBERTO. ¿Confiesas que hay en la vida
cosas mil que la engalanan?

ARTURO. ¡Y hago firme juramento
de amar todo y no odiar *nada*!
Sólo nos falta...

MARIANA. No sigas;

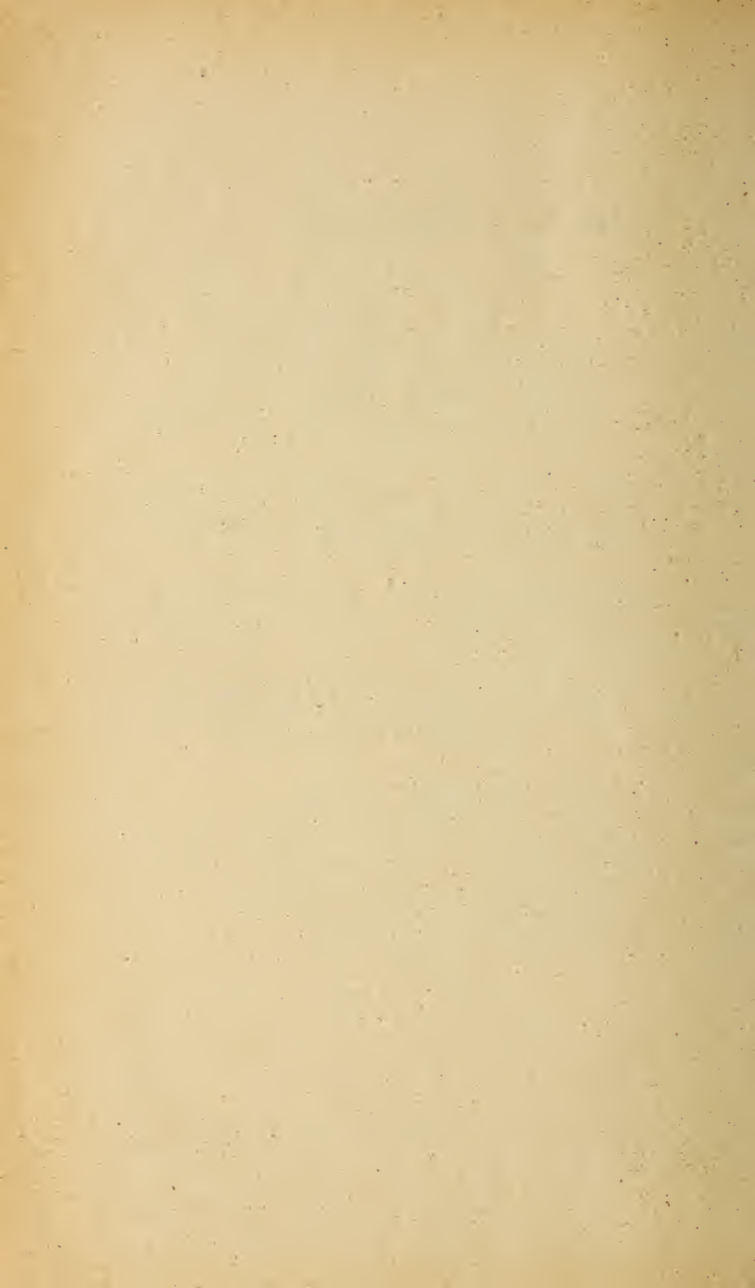
pediré lo que nos falta.
(Al público.)
Si concedéis vuestro aplauso,
para el despertar de un alma
que hasta hace poco dormía
en el olvido y la *nada*,
diré que le han redimido
un aplauso y una lágrima.

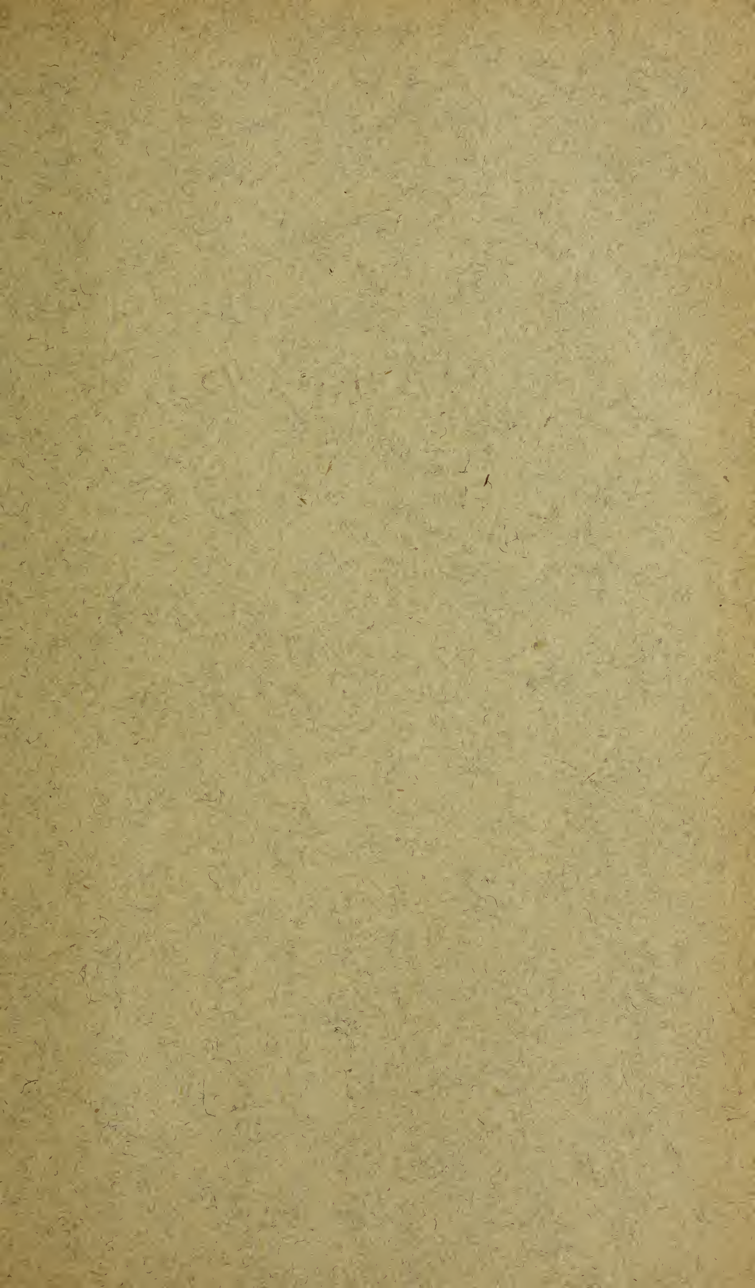
FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE LA MISMA AUTORA

Cambio de cartas, comedia en un acto y en prosa.
Por el nombre, comedia en un acto y en verso.
El secreto del sumario, juguete en verso.
El bergantín Fantasma, revista en un acto y en verso.
Mancha heredada, drama en tres actos y en verso.
La herencia de Tenorio, parodia en un acto y en verso.
El nacimiento del Hijo de Dios ó La Adoración de los Santos Reyes, auto sacro, en tres actos y diez y seis cuadros y en verso (1).
La Huída á Egipto ó La Degollación de los Inocentes, drama bíblico, en un acto y cuatro cuadros y en verso (2).
Ilusión y desengaño, monólogo, en verso.
Pajaritas de papel, monólogo-apropósito, en verso.
El pilluelo de Madrid ó Los hijos del pueblo, drama en cuatro actos y siete cuadros y en verso.
Nada, comedia en un acto y en verso.

(1) En colaboración.—Música del maestro D. Tomás F. Grajal.
(2) En colaboración.





PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.